

RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS HUMILDES...

*Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical,
Tú tienes Palabras de Vida, A. Pronzato, B. Caballero y otros)*

VER:

Con frecuencia se oye decir que las bienaventuranzas son un resumen del mensaje evangélico. Lo esencial en el cristiano no es lo que hace, dice o vive. Lo esencial es que su vida, su palabra y su acción sean la concreción de su opción por el seguimiento de Jesús. Para conseguirlo no sólo es necesario conocerle a Él, sino que dicha opción fundamental se ha de encarnar en un estilo de vida, el de las Bienaventuranzas, y en una posición dentro del amplio escenario del mundo, la de los pobres de la Tierra.

Todo ello desde, en y por la Iglesia, la comunidad de los seguidores de Jesucristo, en un constante proceso de conversión personal. En los retiros de este ciclo nos vamos a centrar en conocer mejor y analizar en qué consiste ese nuevo estilo de vida emanado de las Bienaventuranzas, del programa del Reino de Dios.

Vamos a continuar por la segunda Bienaventuranza, la que hace referencia a “los humildes”. Y por eso, en un primer momento vamos a reflexionar y profundizar acerca de esta palabra: “los humildes”, “humildad”.

Para la reflexión:

- ¿Qué entiendo por “humildad”?
- ¿Cuáles son las características de una persona humilde? ¿Conozco a alguna persona que realmente pueda calificar de humilde?

JUZGAR:

Mt 5, 1-3

¹Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; ²y les enseñaba diciendo:

⁴Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra.

Si cogemos el Diccionario de la Real Academia Española y buscamos “humilde”, encontramos lo siguiente:

humilde. (Del lat. *humilis*, con infl. de *humildad*).

1. adj. Que tiene humildad.
2. adj. Dicho de una cosa: baja (|| de poca altura).
3. adj. Carente de nobleza.
4. adj. Que vive modestamente.

Y si buscamos “humildad”, encontramos lo siguiente:

humildad. (Del lat. *humilitas*, -atis).

1. f. Virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento.
2. f. Bajeza de nacimiento o de otra cualquier especie.
3. f. Sumisión, rendimiento.

En general, una vez más encontramos definiciones más o menos negativas. Porque hasta las que parecen positivas, hablan de “limitaciones y debilidades”.

Pero una vez más, Jesús llama “Dichosos” a esos que para el mundo son poca cosa, insignificantes. Por eso vamos a reflexionar y orar esta Bienaventuranza.

Las distintas traducciones de la Biblia nos ofrecen diferentes denominaciones al referirse a los dichosos de esta bienaventuranza: los mansos, los gentiles, corteses, afables, acogedores, los de “buen corazón”, los sumisos, los sufridos, etc.

Pero en todas ellas la actitud que está siempre detrás de estos sujetos es la humildad. Una actitud que en verdad no está de moda en los tiempos que corremos, y si nos paramos a pensar, nunca lo ha estado. Solemos confundirla con el apocamiento, la falta de ganas de triunfar, la inercia y hasta como camuflaje de debilidad y cobardía.

Pero lo cierto es que Jesús no sólo declara dichosos a los humildes, sino que les promete que “heredarán la tierra”. Así pues, ¿quiénes son los humildes?

En el Antiguo Testamento encontramos diversas referencias elogiosas hacia los humildes. En el Nuevo Testamento se enriquecen las connotaciones que hace el AT sobre este tipo de personas, presentando la humildad como una actitud necesaria para quienes son y forman la Iglesia: resulta imprescindible a la hora de la corrección fraterna; es una disposición ineludible en el diálogo con los no cristianos. Y sobre todo un rasgo singular del propio Jesús: *aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso.* (Mt 11, 29)

Podemos decir que la humildad en la Biblia es una actitud interior que califica y determina las relaciones esenciales del ser humano consigo mismo, con los demás y con Dios.

Respecto de uno mismo, ser humilde implica, como dice el diccionario, el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento.

En relación con los demás, los humildes son los dispuestos siempre a la escucha y al diálogo. Los que saben reprimir su indignación e irritabilidad ante la injusticia. Los que no saltan como energúmenos al ser contrariados ni se encolerizan cuando se les hace la vida difícil.

Y frente a Dios, los humildes son los que “esperan en el Señor”, los que confían en Él más que en sí mismos, los que tienen puesta su esperanza en Él y en Él hacen descansar su corazón. Podemos estar seguros de que sólo una firme orientación de alguien hacia Dios hará posible su humildad. Así lo vemos en María, que proclama la grandeza del Señor porque ha mirado su humildad.

Y, como hemos dicho, nadie como el mismo Jesús, sencillo y humilde de corazón, y abierto por entero a su Padre para cumplir su voluntad. Por esto, la humildad ha de tener como cimiento nuestra relación filial con Dios.

Hay actitudes que Dios aprueba y otras que son contrarias a su voluntad. Con la Bienaventuranza de los humildes, Jesús condena claramente todas las formas de prepotencia que, por ser opuesta a la humildad, hace fracasar las relaciones con uno mismo, con los demás y con Dios.

Lo podemos comprobar en multitud de situaciones, tanto a nivel personal como familiar, social o político... y, por supuesto, en la relación con Dios. Dios valora a la persona que sabe que no es un dios y por tanto se conoce en su limitación, se acepta en su debilidad, que le busca para caminar, aprender a ser mejor, a ser persona.

Con esta Bienaventuranza Jesús promueve, además, el valor de la “no violencia”. Los Padres de la Iglesia que han comentado las Bienaventuranzas, ven la humildad precisamente como la condena y el rechazo más tajante a todo lo que sea violencia, confianza en la fuerza y espíritu vengativo. La humildad es una característica de los discípulos de Jesús que conlleva una actitud dinámica en su comportamiento frente a situaciones límite que pueden provocar la violencia.

Los humildes se parecen a Cristo. Son animosos, se comprometen, suscitan incomodidad, pero no recurren a la violencia porque saben que Dios está de su parte: confían su defensa a Dios y tienen mucha confianza en el amor y en la verdad y la justicia. No hacen uso de la violencia, porque desean proclamar la confianza en Dios y el amor del prójimo incluso en situaciones desesperadas.

Importa mucho, por tanto, mantener en todo momento el espíritu de humildad. Humildad es también ir aumentando nuestra capacidad de creer en la fuerza transformante de la amistad con Dios.

Sólo el humilde, que deja que le corrijan, está capacitado para acoger a Dios y confiar en Él. El hombre endiosado no está dispuesto a apartarse para acoger al verdadero Dios. A través de la humildad, Dios quiere vencer la soberbia. El que está lleno de Dios está capacitado para vivir en la sencillez y la humildad.

El que toma el camino de la sencillez y la humildad es bien visto por Él. Y esta Bienaventuranza deja clara la preferencia de Dios por los humildes. El que no es humilde no puede confiar en Dios, mientras que el humilde se deja guiar por Él, siendo dócil a su voluntad.

Por tanto, ¿quiénes forman parte del grupo de los humildes? Los que son pobres, como vimos en el retiro anterior, y se conforman con la voluntad de Dios y están llenos de esperanza en su Amor.

Para la reflexión:

- ¿Conozco mis propias limitaciones y debilidades y actúo en consecuencia, o soy prepotente?
- ¿Qué me sugieren las palabras de Jesús: **Aprended de mí, que son sencillo y humilde?** ¿En qué dimensiones de mi vida cotidiana debo crecer en humildad para parecerme a Él?
- Desde la humildad, ¿cómo califico mis relaciones conmigo mismo, con los demás y con Dios?

ACTUAR:

Jesús nos plantea que hagamos una opción personal para ser discípulos suyos. Una opción libre, pero sabiendo que en ella encontraremos la verdadera felicidad, siendo dóciles a la voluntad de Dios.

Se equivoca quien cree que para hacer frente a los poderosos tiene que hacerse fuerte. Que para resistir a los sabios, es necesario ponerse a su altura. Que para tener influencia sobre las personas es indispensable manejar los hilos de sus vidas. Se alimenta así una especie de carrera, de competición, con las mismas armas y con las mismas reglas de juego.

No con la fuerza, sino solamente con la humildad, la paciencia y la bondad hacia el hombre que nos enseñó el Maestro, es como debemos anunciar al mundo el poder liberador del amor de Cristo. Siempre que los cristianos defienden con celo violento, aunque a veces quizá bienintencionado, las cosas de Cristo, o cuando desvían ese celo para defender su posición preeminente, traicionan las enseñanzas del Maestro.

Sólo quien es humilde y renuncia a la fuerza posee su alma y la salva (Lc 21, 19). Sólo si sabemos irradiar hacia el mundo una bondad humilde y desinteresada, lograremos liberarlo verdaderamente de la maldición del egoísmo y del despotismo.

Un “ingrediente necesario” en la nueva evangelización, en esta importantísima misión a la cual nos envía el Señor, es la humildad, el estar libre interiormente de toda aspiración de dominio y del afán de interponer en todo la propia persona. Sólo así podrán los campos de la vida terrena convertirse, para gloria de Dios, en “nuestra heredad”.

Ésta es la paradoja que encierra esta Bienaventuranza: cuanto más nos buscamos a nosotros mismos, más nos perdemos y perdemos también “la herencia de la tierra” que Dios quiere que tengamos. Pero cuanto más nos desasimos de nosotros mismos y con humildad seguimos las huellas de Cristo, más obtenemos nuestra libertad interior y nos constituimos en testigos de la bienaventuranza, de la salvación que Cristo nos ofrece.

Algunas sugerencias prácticas:

- No queramos decir nunca la última palabra en las discusiones. Sería bueno aprender la bienaventuranza de quien, en un momento determinado, sabe callar con humildad, dejando que quizá sea el otro quien salga ganando, porque, a fin de cuentas, casi nunca importa tanto salir triunfadores.
- No respondamos nunca al mal con el mal. Y por “mal” no entendamos únicamente la violencia física, sino también esa malignidad solapada que intuimos en quien nos habla y a la que tratamos de responder con parecida “mala idea”. Toda alusión punzante replicada del mismo modo con más o menos ingenio; toda insinuación peyorativa respondida con otra; toda alusión de doble sentido ofensivo arrojada mutuamente... todo esto va contra la Bienaventuranza de la humildad.

Y recordemos lo de siempre: esta actitud evangélica es también un don del Espíritu, una gracia que debemos pedir.

Para la reflexión:

- ¿Creo de verdad en la humildad como fuerza evangelizadora y transformadora de las personas y de la sociedad? ¿Por qué?
- ¿Creo de verdad que Dios confía en mi humildad, en mi “poca cosa”, para hacer por mí obras grandes, como las hizo con María? ¿Estoy dispuesto a responderle?
- Elijo una de las “sugerencias prácticas” (no querer decir siempre la última palabra, no responder al mal con mal) y pido la gracia de crecer en humildad.

Oración

Señor, queremos pedirte la gracia de ser humildes.
Haznos comprender, Señor, que un cristiano “humilde”
no es el ignorante dispuesto a tragar lo que sea,
ni el débil que no se atreve a enfrentarse;
ni tampoco el tibio, que transige con todo.
Haznos comprender, Señor, que un cristiano humilde
es el que está seguro de “tu verdad”,
y apoyado en ella, se comporta de modo
paciente, comprensivo, tolerante,
sin prepotencia, porque humildemente sabe
que el único que puede demostrar e infundir en los demás
esa verdad eres Tú.

RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS HUMILDES...

*Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical,
Tú tienes Palabras de Vida, A. Pronzato, B. Caballero y otros)*

VER:

- ¿Qué entiendo por “humildad”?
- ¿Cuáles son las características de una persona humilde? ¿Conozco a alguna persona que realmente pueda calificar de humilde?

JUZGAR: Mt 5, 1-3

¹Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; ²y les enseñaba diciendo: ⁴Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra.

- ¿Conozco mis propias limitaciones y debilidades y actúo en consecuencia, o soy prepotente?
- ¿Qué me sugieren las palabras de Jesús: **Aprended de mí, que son sencillo y humilde?** ¿En qué dimensiones de mi vida cotidiana debo crecer en humildad para parecerme a Él?
- Desde la humildad, ¿cómo califico mis relaciones conmigo mismo, con los demás y con Dios?

ACTUAR:

- ¿Creo de verdad en la humildad como fuerza evangelizadora y transformadora de las personas y de la sociedad? ¿Por qué?
- ¿Creo de verdad que Dios confía en mi humildad, en mi “poca cosa”, para hacer por mí obras grandes, como las hizo con María? ¿Estoy dispuesto a responderle?
- Elijo una de las “sugerencias prácticas” (no querer decir siempre la última palabra, no responder al mal con mal) y pido la gracia de crecer en humildad en ese aspecto.

Oración

Señor, queremos pedirte la gracia de ser humildes.
Haznos comprender, Señor, que un cristiano “humilde”
no es el ignorante dispuesto a tragar lo que sea,
ni el débil que no se atreve a enfrentarse;
ni tampoco el tibio, que transige con todo.

Haznos comprender, Señor, que un cristiano humilde
es el que está seguro de “tu verdad”,
y apoyado en ella, se comporta de modo
paciente, comprensivo, tolerante,
sin prepotencia, porque humildemente sabe
que el único que puede demostrar e infundir en los demás
esa verdad eres Tú.